

culpa de esta mala inteligencia, porque he debido presentar el uno al otro. Ya conoceis al Sr. Espinosa, y vos reconoced á M. Oldenbourg, agregado de embajada. Ruego á usted que nos cuente la leyenda, ó creeré que es un desprecio.

Baruch se negaba, pero M. Oldenbourg dijo:

—Permítame usted que le dé un consejo. Figúrese usted que la señorita Olimpia reza diariamente: que mi voluntad se cumpla así en el cielo como en la tierra. Cuente usted, pues, su historia y resignese.

Contó entónces Baruch la conocida leyenda de la llegada de Alejandro con su ejército á las puertas del Paraíso terrestre, y Oldenbourg refirió á su vez las leyendas maravillosas con que ha revestido el genio poético de Alemania las expediciones de Alejandro.

Estas visitas se hicieron cada dia más frecuentes en casa de Olimpia, la cual se alegraba de ver crecer la amistad entre Espinosa y Oldenbourg.

—Pronto habreis terminado vuestro curso de latin,—dijo un dia Olimpia á Espinosa;—¿quereis en cambio enseñarme el hebreo?

—En tal caso, os recomendaré la obra políglota de Orígenes,—dijo Oldenbourg riéndose.

—Pensad,—contestó Espinosa,—que pretendéis aprender la lengua sagrada.

—¿Sois acaso algun santo?—contestó ella;—de seguro que teneis un nombre hebreo. ¿Cuál es?

—Baruch.

—¿Baruch! —repitió Olimpia, que apenas pudo contener su risa;—parece que se llama un fantasma. Por el amor del cielo, renunciad tal nombre. Bâârûûch,—repetía sin cesar Olimpia, prolongando